

La organización de la solidaridad

Para ESADE-FAES

Barcelona, 2012

Pocos días antes del 13 de marzo de 1938, **Stefan Zweig** abandona su Viena natal. No comprende la despreocupación de sus amigos, ni comparte *la conciencia mundial que calaba entonces o solo se quejaba un poco antes de olvidar y perdonarlo todo*. Aquel 13 de marzo Hitler enviaba sus tropas a Austria que se convierte en una provincia más del III Reich, la Ostmark

¿Para qué inquietar a alguien que no quiere ser inquietado? Se pregunta Stefan Zweig cuando relata el curso de los acontecimientos de aquellos días, el avance del fascismo, a la vista de todos, y la pasividad con la que los austríacos contemplan la pérdida de su propio país sin la más mínima inquietud o cuando esta llega demasiado tarde. Lo describe muy bien en sus memorias *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*.

No sé qué razones les han animado a ustedes a venir aquí esta tarde, y aunque el tema que me han propuesto no es en absoluto inquietante, yo he venido con el propósito de inquietarles, de intentarlo al menos. La solidaridad es un concepto amable que está muy presente en nuestra cotidianidad, un concepto ligado al positivismo de Auguste Comte y que arranca con la Sociología en el siglo XX de la mano de Émile Durkheim. Todos ustedes, todos nosotros, vinculamos el concepto una y otra vez con misiones humanitarias desarrolladas mayoritariamente en los países del tercer mundo y de hecho es un reclamo constante en las grandes campañas de petición de ayuda de las ong's que sigue a los grandes desastres naturales y políticos que asolan muchos países. No en vano, en su *Diccionario de Derechos Humanos*, **Hernando Valencia Villa** define la solidaridad como *la garantía típica de los derechos colectivos*.

Se trata del derecho de los grupos humanos a pedir y obtener la ayuda o el respaldo de otros grupos u organismos internacionales para el logro de sus fines y en especial para la superación de sus conflictos o desastres.

Sea definida como garantía o como un derecho, como simple adhesión a la causa o empresa de otros, como obligación moral en una misma comunidad para asistir a los otros, a los necesitados, como sinónimo de camaradería y de fraternidad, de cohesión social, la solidaridad es un concepto fácil de describir, pero difícil de comprender en el País Vasco, especialmente en los 50 años más recientes de nuestra historia. Voy a intentar explicarles a través de mi experiencia y de mi aprendizaje qué ha inquietado realmente a mi comunidad en estos años, qué clase de solidaridad he encontrado y cómo se ha organizado en el País Vasco, en San Sebastián, la ciudad en la que nací, crecí y he vivido la mayor parte de mi vida.

Yo nací en 1963, Franco todavía no había muerto. Durante mis años de escolaridad y de instituto, he de decirles que no percibía un sentimiento, o una actitud de solidaridad en mi comunidad. Desde que tuve conciencia, solo percibía miedo. Y silencio. Yo estudié en el liceo francés de San Sebastián. Nos acostumbramos a entrar en la escuela con dos policías armados con metralletas en la puerta del centro. Con amenazas de bomba ya a finales de los años 70 que muchas veces ni se tenían en cuenta. Con la explosión incluso de un artefacto en el paseo de la ciudad que servía a la escuela de patio de recreo. Experimenté asombro e inquietud la primera vez que descubrí en el macuto de un compañero de clase las palabras Gora Eta. Sentía mucho miedo cuando veía tanques en las calles de mi ciudad. Barricadas inmensas que se levantaban como rascacielos en la calle Urbieta, en la avenida, incendiadas. Recuerdo como los manifestantes atacaban incluso a los bomberos cuando intentaban sofocarlas. Broncas en la parte vieja de San Sebastián que en apenas unos segundos pasaba de ser un lugar de cañas y pintxos a ser el escenario de auténticas batallas campales entre la policía nacional y jóvenes

manifestantes. Noticias efímeras de acciones que en su mayoría no incorporaban el término “terrorista”, de asesinatos, de secuestros de industriales, relatadas como a hurtadillas. No entendía el trasfondo político de aquellos sucesos, aquella tensión permanente en las calles de mi ciudad, los años de la transición española. Recuerdo el SÍ con mayúsculas que inundó la portada de la prensa que confirmaba la aprobación del texto de la constitución española en diciembre de 1978. Y recuerdo perfectamente como si fuera hoy el hecho que despierta en mí el sentimiento de solidaridad hacia una víctima del terrorismo, la toma de conciencia de la existencia de ETA, del daño premeditado y consciente que es capaz de hacer. Creo honestamente que si el sexo fue el tema tabú de la generación de mis padres, el tema de ETA lo es sin duda para la mía. Ni en casa, ni en la escuela se me había hablado nunca de ETA como organización terrorista ni por supuesto de las víctimas del terrorismo. La foto en blanco y negro en la prensa de un hombre con las manos atadas, los ojos vendados, un hombre asesinado de un tiro en la nuca, abandonado en la cuneta de una carretera comarcal, después de permanecer varios días secuestrado, se rebela ante mí como el resumen enciclopédico del horror. Nunca olvidaré la imagen del ingeniero José María Ryan. Secuestrado por ETA el 29 de enero de 1981, es asesinado el 6 de febrero. Recuerdo por primera vez el debate en clase, había un llamamiento a la huelga general en todo el País Vasco, y se convocaba una manifestación. Recuerdo perfectamente el miedo que se sentía en aquella manifestación. Caminábamos muy apretados, bajo la lluvia, y en silencio. Un silencio que solo era interrumpido por los gritos de gora eta, los insultos -cobardes, fascistas, asesinos- , por las calles contra nosotros, la lluvia de piedras, y a mi tía que me decía *si hay que morir, moriremos. Pero hay que resistir*. Es sin duda, mi primer acto de solidaridad activa en San Sebastián contra ETA. Mi primer dolor social. Mi primera adhesión consciente hacia una víctima del terrorismo. Mientras escribo estas líneas consulto la prensa de aquellos días, y quiero compartir con

ustedes algunos datos. Por ejemplo, el comunicado de eta, en el que literalmente condena a muerte al ingeniero. Aquel comunicado amenazaba además a todos los cuadros superiores de Lemoniz, la central nuclear que nunca funcionará debido a la presión etarra.

La explosión de solidaridad se produce en todos los frentes, social y político – excepto en Herri Batasuna, “pueblo unido”, creado en 1978- Asistimos a la condena casi unánime de nuestros políticos, a una huelga general, manifestaciones en las tres capitales vascas –que acaban en duros enfrentamientos entre los manifestantes y los pro etarras que no toleran que la protesta de la calle no sea la suya. Los obispos de Bilbao, más solidarios que la diócesis de SS, el gobierno vasco, incluso la federación europea de asociaciones de ingenieros protesta contra el atentado mediante un anuncio que se publica en un diario sueco. La prensa recoge los mismos mensajes que he escuchado cientos de veces de nuestros políticos, Txiki Benegas (PSOE) dice literalmente que *no caben ambigüedades, o se está contra el terrorismo o se es cómplice del mismo*, en clara alusión a HB; el parlamentario del PNV Marcos Vizcaya habla de *solidaridad humana*, claro que la solidaridad solo puede ser eso, humana, Mario Onandia de EE decía que *la gente está cansada ya de tanta violencia*. Y Juan M^a Bandrés se refería a los pro etarras que nos habían atacado en las calles de SS con estas palabras: *“el fascismo ha estado en las calles de SS, sin uniforme, escudado en las siglas de HB*. Otra gran explosión de solidaridad se había producido en el País Vasco cuando el 3 de marzo de 1976 4 trabajadores son asesinados por la policía durante una asamblea en Vitoria.

Seguramente todo lo que acabo de describir lo han vivido ustedes o lo han visto reflejado en los medios de comunicación después de algunos atentados terroristas de los que desgraciadamente son contemporáneos. Me parece importante relatarlo como ejemplo evidente de solidaridad, aunque como voy a explicarles a continuación, se trate de una solidaridad selectiva practicada por la sociedad vasca.

Este comportamiento no era así ni mucho menos, con la inmensa mayoría de los atentados terroristas. Desde el 27 de junio de 1960, cuando es asesinada Begoña Urroz Ibarrola, de 22 meses de vida, alcanzada por una bomba en San Sebastián, la primera víctima de ETA, hasta el asesinato de JM Ryan el 6 de febrero de 1981, ETA asesina a 324 personas, siendo 1980 el año más trágico, con 98 asesinatos, y 1979 con 80 asesinatos, los dos años más duros en la historia de ETA. Tal como se puede leer en VIDAS ROTAS, *La ofensiva etarra iniciada a finales de 1977 alcanzó su punto más alto en el año 1980, en el que causó casi un centenar de víctimas mortales, reflejo de la intensidad de la actividad terrorista desplegada por ETA. Y añaden sus autores: la Transición y los primeros años de andadura democrática en el País Vasco registraron un alto nivel de radicalidad política en algunos sectores del nacionalismo, lo que se tradujo en el ingreso en las filas de ETA de centenares de jóvenes dispuestos a matar en nombre de la patria. La afluencia de reclutas hizo de ETA una organización poderosa, con decenas y decenas de células operando a un tiempo, gracias a la disponibilidad de importantes recursos financieros procedentes sobre todo de la extorsión y a la existencia del santuario francés. Sus autores, **Rogelio Alonso, Florencio Domínguez y Marcos García Rey.***

¿Dónde anidaba la solidaridad durante esos 20, 30 terribles años desde el primer atentado de ETA? A pesar del drama permanente, constante, de la violencia etarra en el día a día. La respuesta que acompaña al secuestro y asesinato de JM Ryan es absolutamente extraordinaria. La solidaridad no acompañaba entonces al atentado terrorista, a su víctima, llevaba otra dirección Debo referirles tres escenarios en los que se desarrolla. El primer signo de solidaridad no arranca en tierras españolas ni por supuesto estuvo enfocada a las víctimas del terrorismo de ETA. La primera solidaridad de la que fui testigo la protagoniza Francia, que acoge con estatuto de refugiado a los terroristas que siembran el terror en el nuestro. Disparaban en nuestras calles y cobraban el llamado impuesto revolucionario en Francia. En Hendaya, San Juan de Luz y Bayona se instalaban a sus anchas, ellos, sus familias, sus

negocios. Con la solidaridad de un gobierno que daba asilo a aquellos jóvenes independentistas, revolucionarios, románticos, tal como los veían – los ven todavía hoy- en muchos otros países de Europa y de América Latina. Creo que hasta 1992, año de la detención de la cúpula etarra en Bidart, la colaboración hispano francesa no ha sido efectiva, y aun a partir de esa fecha han sido y son necesarios esfuerzos constantes por parte del gobierno español para afianzar esa imprescindible colaboración policial y judicial. Desgraciadamente, los atentados en suelo francés e incluso contra ciudadanos franceses, como lo atestigua el asesinato del jefe de brigada francés Jean-Serge Nérin, el 17 de marzo de 2010, reafirma a Francia en su necesaria colaboración policial y judicial con el gobierno español en la lucha contra ETA. El presidente francés Sarkozy afirma con rotundidad en el funeral de estado *“no quedarán impunes, serán encontrados y castigados con la mayor severidad. Erradicaremos una por una, todas las bases de ETA en Francia”*

El segundo ejemplo de solidaridad de la que he sido testigo lo protagoniza la iglesia católica, siempre solidaria en esencia, especialmente con los que sufren, solo que para una parte importante del clero vasco los que sufren son los terroristas y sus familiares y la gran familia nacionalista. ¿Dónde está escrito que Dios quiere por igual a todos sus hijos? Le contesta José María Setién obispo de San Sebastián a María San Gil cuando esta acude a él y le pide solidaridad cristiana. El mismo Setién es protagonista de una imagen vergonzosa; en ella se ve a familiares y ciudadanos solidarios que tras una pancarta piden la liberación de José Mari Aldaya, industrial secuestrado por ETA el 8 de mayo de 1995, mientras Setién cruza de acera. Sin embargo, no se inquieten ustedes: Setién estaba siendo solidario. Un grupo de familiares de presos etarras permanecían encerrados, estos sí, voluntariamente, en señal de protesta en la sacristía de su templo. Mientras a la familia de Gregorio Ordóñez, cuando se cumple el primer aniversario del atentado, se nos niega esa misma iglesia: el párroco me contestó entonces que no oficiaban funerales

políticos. Sin embargo, es Setién quien celebra el funeral de Gregorio. “Es algo histórico” me repetían aquel 23 de enero de 1995 para convencerme de que así fuera. ¡Y tanto como lo era! Nunca en más 30 años de terrorismo el obispo de San Sebastián había oficiado un funeral por una víctima. Setién llegó incluso a prohibir oficiar misa a uno de los jesuitas que más ha defendido a las víctimas del terrorismo, a Antonio Beristain. La Historia que se escribe con mayúsculas por fortuna no tiene que elegir entre querer o no querer a sus hijos. Estoy segura de que un personaje como Setién y una parte importante de la iglesia vasca tendrán el sitio que tanto se merecen.

Como lo tendrá también una parte importante de la ciudadanía vasca y las voces más radicales del nacionalismo vasco que protagonizan una inquietante solidaridad, el tercer ejemplo que quiero compartir con ustedes. Una solidaridad que sorprendentemente enmudecía cada vez que se producía un atentado contra cualquier miembro de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado. En esos terribles primeros 30 años en la historia de ETA, y aun más allá, me atrevo a decir que habrá que esperar al dramático secuestro y atentado contra Miguel Ángel Blanco, en julio de 1997, -la historia de la solidaridad hacia las víctimas del terrorismo en el País Vasco es simplemente inexistente. Pero ¿por qué? Porque para la ciudadanía y la clase política nacionalistas, la principal víctima son curiosamente, ellos mismos, los propios vascos, los vascos nacionalistas, que en ausencia del franquismo permanecen según su ideario sometidos al yugo opresor del estado español que les niega la independencia, el derecho a la autodeterminación, el mismo discurso victimista que explota ETA. La única víctima es el pueblo vasco y con él, los guardas que los defienden, esto es, los etarras. La solidaridad solo encaja dentro y para los de su tribu. Razón por la cual se sienten intocables. ETA solo asesina fuera de sus confines. Cómo se explica de lo contrario el asombro del dirigente nacionalista vasco Román Sudupe tras el atentado contra José

Mari Korta, el 8 de agosto del 2000, empresario y nacionalista, y su terrible sentencia “era uno de los nuestros”

La solidaridad en el País Vasco, al menos durante este periodo de tiempo que coincide con el PNV en el poder, la exigen solo para sí mismos, los nacionalistas, en el colmo del cinismo más indecente, mientras ETA asesina sin compasión. Es la historia de un espejismo, de una falsa solidaridad, de una triste complicidad disfrazada, por acción u omisión, con el entramado etarra. El nacionalismo dirigente vasco es responsable no solo de dividir y enfrentar a la sociedad vasca, considerando ciudadanos de primera solo a los suyos, a los nacionalistas, sino también de trasladar esa división a las propias víctimas y lo que es más grave, de condicionar la dirección social de la solidaridad. **Imre Kertez**, superviviente de Auschwitz, sostiene que *el nacionalismo no es hoy en día más que una de las múltiples caras de la destrucción, un rostro tan repelente como los diversos fundamentalismos*, recojo su cita de un libro que les recomiendo, Un instante de silencio en el paredón

Puedo asegurarles que de todos los rostros que presenta el nacionalismo he sido testigo del más inmoral, el más radical, el más intolerante, el más excluyente, el que alimenta ideológicamente a la bestia del terrorismo, el que vuelve a una parte de la sociedad contra la otra mitad, y le dice esos son tus enemigos. El que siembra de odio todavía hoy a nuestros jóvenes, como denuncia José Antonio Rekondo del libro de militancia de Jarrai, que dice lindes del tipo: *Hemos de conseguir que el rechazo individual de cada joven hacia esta podrida sociedad se traduzca en odio consciente y colectivo.*

Pero, ¿cómo reaccionábamos mientras tanto los no nacionalistas? Nuestra actitud tampoco fue en general ejemplar. Bien por interés, bien por cobardía, por despreocupación, mirábamos hacia otro lado. No queríamos ser inquietados. Era más fácil sentirse solidario con Somalia. Las víctimas reales, las que producía cada atentado, eran conscientemente borradas de la escena

pública para tapar el crimen, la sangre se limpiaba de las aceras, las pintadas acusaban a la víctima en las paredes, -chivato, fascista, txakurra- los cuerpos se enterraban en la mayoría de los casos en otros pueblos, y los que quedaban en Euskadi sufrían hasta la profanación de su tumba. Si no hay cuerpo no hay delito, si no hay víctima, ¿cómo puede haber solidaridad? El miedo, el silencio, el olvido, hacen el resto.

Muchas veces me pregunto si somos realmente solidarios dentro pero también fuera de Euskadi, con las víctimas del terrorismo. Debo recordar que las grandes manifestaciones de solidaridad y repulsa del terrorismo solo empiezan y se suceden cuando las víctimas son civiles, políticos, periodistas, magistrados. Primero, pensamos, podría haber sido yo, podría haber estado en Hipercor el 19 de junio de 1987 aquí en Barcelona, o en aquel tren el 11 de marzo de 2004 en Madrid. Entonces decidimos salir a la calle, y en la gran manifestación que recorre las calles de Barcelona o de Madrid, o de San Sebastián, nos confundimos con los demás. Nos reafirmamos en nuestra protesta con los demás, todos a una contra el acto terrorista, contra quienes han secuestrado y asesinado a Miguel Ángel Blanco. Todos con el lazo azul para pedir la libertad de Julio Iglesias Zamora, o del funcionario de prisiones Ortega Lara. Pero, ¿qué pasa en la distancia corta? ¿Cómo reaccionamos fuera de la colectividad que nos protege? Cuando volvemos a casa después de asistir a la gran o pequeña manifestación y al subir en el ascensor, el vecino, te dice “hay que ver qué lío de tráfico hoy! ¡La que montan estos!” O en el trabajo cuando te dicen los compañeros, si es que dicen algo, “¿para qué sirve?”, o al entrar en un comercio, y el dueño apaga la radio cuando se menciona el atentado, o el panadero deja inmediatamente de preguntarte “¿qué tal estás?” En cuanto entra un cliente... Aquí se termina todavía hoy la solidaridad en el País Vasco y empieza el silencio. El día después del atentado, la condena solidaria de nuestros responsables políticos se la lleva el viento,

la cotidianidad ignora el acto terrorista, engulle a la víctima y por consiguiente, borra del imaginario colectivo la figura del propio ejecutor del crimen, del criminal, del terrorista. ¡Cuánto beneficia hoy en día esta degradación de la solidaridad a cuantos responsables del terror pretenden salir impunes y pasar a la actividad política como un demócrata más! En el PV el silencio cómplice ha ganado siempre frente a la solidaridad, para nuestra vergüenza. Sus consecuencias hoy pueden ser nefastas en la construcción del relato.

Sin embargo estaba escrito en algún lugar, no sé todavía donde, supongo que en la conciencia de muchos, de algunos muy valientes desde luego, que aquello no podía seguir así. En el País Vasco especialmente, donde la presencia de ETA era una constante política y social. Cómo, cuándo y dónde iba a organizarse la solidaridad en torno a las víctimas del terrorismo no era una simple cuestión de tiempo. Era una necesidad ética, democrática, una respuesta social y política que se hacía después de tantos años imprescindible. Como gesto de solidaridad con las auténticas víctimas y también para lavar nuestra conciencia después de muchos años de silencio.

La asociación de Víctimas del Terrorismo nace el 4 de febrero de 1981, 20 años después del primer atentado de ETA. Nace de la mano de mi querida Ana M^a Vidal Abarca, junto con Sonsoles Álvarez de Toledo e Isabel O'shea. Ana M^a se instalará en Madrid con sus cuatro hijas después de que ETA asesinara a su marido, Jesús Ignacio Velasco Zuazola, el 10 de enero de 1980. Un parque de Hernani llevó el nombre de su asesino hasta que la familia pidió al fiscal general del estado que lo modificara, lo que sucede en junio de 2008. Ana M^a es hoy una mujer activa, comprometida, solidaria, defensora incansable de los derechos de las víctimas del terrorismo, de la necesidad de justicia, como lo es su hija Ana Velasco. La AVT crece con los años –hoy son 4 mil los asociados- y crece especialmente su influencia y su mensaje que se resume en los cuatro principios que la sustentan: memoria, dignidad, verdad y

justicia. El nacimiento de esta asociación y especialmente, la labor de Ana M^a hasta nuestros días han sido, son, determinantes para la verificación de la existencia de la víctima del terrorismo, y la defensa de sus derechos. Hoy otros están por otras verificaciones, los restos de Batasuna convocan a “mediadores de conflictos internacionales” para que viajen al PV a verificar sus propuestas de paz ...

En torno al año 1986, nacen en el País Vasco asociaciones, como Gesto por la Paz, con espíritu pacifista, contra la violencia, por los derechos de los presos y por la reconciliación. Lo más destacable a mi juicio de ellas es sin duda su acción en la calle; después de cada atentado, se convocaban concentraciones silenciosas en cada ciudad, cada barrio, a la que asistían unos centenares de personas. Esas sencillas manifestaciones de solidaridad con las víctimas y de repulsa a la violencia eran especialmente importantes en el País Vasco porque constituían, constituyen un desafío para ETA en su terreno, en las calles, a la luz del día. Eran gestos sencillos pero difíciles para quienes convocaban, y difíciles para quienes asistían. En muchas de esas concentraciones después de un atentado, muchos pro etarras estaban enfrente para insultar, golpear, tirar piedras y hacer fotos de quienes nos manifestábamos pacíficamente. La policía autónoma vasca contemplaba sin intervenir la escena. Gesto recibe el premio Príncipe de Asturias de la Concordia en 1993; decide abandonar su actividad en la calle con una manifestación en Bilbao el pasado 11 de febrero tras el último comunicado de ETA del pasado 10 de octubre. Quiero resaltar aquí el arrojo social de otra mujer, Cristina Cuesta, que funda Denon Artean tras el asesinato de su padre, Enrique Cuesta, el 26 de marzo de 1986. Asimismo debo resaltar la fundación del Colectivo de víctimas del País Vasco, que nace con un espíritu reivindicativo y centrado en las víctimas vascas del terrorismo; primero por la paz, y después para hacer balance del terror y significar la falta de rigor de las instituciones y organismos vascos hacia las víctimas del terrorismo, COVITE

se crea en noviembre de 1998. Esta nueva asociación se alinea con la AVT en la defensa de los derechos de las víctimas y apuesta por la presión social y política en el País Vasco, contra la impunidad y el olvido, y por un relato veraz de los hechos. También surgen dos asociaciones tras el atentado del 11 de marzo de 2011.

Entramos pues en el siglo XXI con una base socialmente organizada de la solidaridad en torno por fin, a la figura de la víctima del terrorismo con importantes asociaciones que velan por sus derechos.

En la consolidación de la solidaridad hacia la víctima del terrorismo como tarea cívica de cada ciudadano, debo destacar la influencia directa y ejemplar de muchísimas personas, que arriesgan su vida, desde el periodismo, desde la enseñanza, el nacionalismo incluso, de historiadores, magistrados, solo voy a hablarles a modo de ejemplo de dos personas.

Fernando Savater es una de ellas. El filósofo español lidera la corriente ideológica y ética que nos hace reflexionar a todos nosotros, incluidos los políticos, en relación con el terrorismo de ETA. Impulsó la denuncia del nacionalismo excluyente y el yugo de ETA y llegó a la intelectualidad española, especialmente la de izquierdas, que se había lavado las manos en todos esos años. Quiero destacar unas líneas suyas: *Elegir hoy la humanidad es optar por un proyecto de autolimitación en lo tocante a cuanto podemos hacer, de simpatía solidaria ante el sufrimiento de los semejantes y de respeto ante la dimensión inmanejable que lo humano debe conservar para lo humano. Autolimitación, solidaridad, respeto: saberse humano no es aceptar un hecho sino tomar una decisión y emprender un camino*, nos aconseja el filósofo en El valor de elegir

Quien tuvo el valor de elegir, y de emprender el camino de la humanidad fue **Gregorio Ordóñez**, la segunda persona a la que me quiero referir, que da el paso a la política activa cuando el padre de uno de nuestros amigos, Francisco Santa María, es tiroteado por ETA, el 1 de febrero de 1982, y logra sobrevivir. Creo sinceramente que Gregorio era el político que necesitábamos para creer

de nuevo en el sentido ético de la política. Defendía públicamente a las víctimas del terrorismo y denunciaba a ETA y a sus cómplices con un lenguaje claro y directo, sin miedo. Por eso fue ejemplar su actitud para muchos de nosotros. ETA lo asesina de un tiro en la nuca el 23 de enero de 1995, cuando acababa de presentar su candidatura a las elecciones municipales de San Sebastián, que se celebrarán en mayo de ese año. Es la particular manera que conoce ETA de combatir al adversario: simplemente lo liquida. ETA ha asesinado a 68 representantes políticos, de la extinta UCD, del PSOE y del PP, todos ellos partidos no nacionalistas.

Han tenido que transcurrir muchos años, casi 40 años, demasiados, para que nazca la solidaridad auténtica hacia la víctima del terrorismo. Ha sido preciso el esfuerzo inmenso y constante de muchos ciudadanos comprometidos para hacer visible a la víctima y con ella, al criminal. Desde distintos colectivos, desde la intelectualidad y la política, desde el periodismo, la solidaridad emerge y nos llena de esperanza, dignifica a una parte de la sociedad que lamentablemente nunca se había dejado inquietar por el terrorismo. Todo este esfuerzo se materializa en grandes avances, importantísimos, en materia legislativa.

La solidaridad se extiende a las leyes y por primera vez se aprueba la Ley de Solidaridad con las víctimas del terrorismo, en octubre de 1999, una de las consecuencias clave del Pacto por las libertades y contra el terrorismo del gobierno de JM Aznar; ley que es reformada y que da lugar a la Ley de Reconocimiento y protección integral a las víctimas del terrorismo – recientemente aprobada en 2011, y a la ley de reconocimiento y reparación a las víctimas del terrorismo que los vacos, por no ser menos, aprueban en su parlamento el 19 de junio de 2008.

La solidaridad de todos los españoles se consolida definitivamente con nuestra legislación, 50 años después del primer atentado de ETA. Me lamento muchas veces de lo tarde que llegan las medidas antiterroristas fundamentales a

nuestro país, pero me ha sorprendido aun más saber que la Audiencia Central de Investigación de Crímenes nazis se funda en la Alemania occidental en 1958, y sufre todo tipo de dificultades, desde la reticencia de los alemanes a comparecer como testigos en los juicios y a la resistencia que los tribunales ofrecían a iniciar procedimientos basados en datos recibidos de la agencia central, tal como nos relata **Hannah Arendt** en su Eichmann en Jerusalén.

De la ley española quiero resaltar para terminar de los documentos ya citados unas líneas en las que se menciona expresamente la solidaridad debida; así, en el preámbulo de la ley integral de víctimas podemos leer que *Esta Ley es un signo de reconocimiento y de respeto, pero también de solidaridad debida. El desarrollo de los principios debe perseguir la reparación moral, política y jurídica de las víctimas, expresión a su vez de la solidaridad debida con ellas y sus familias...* o la ley vasca *Para una sociedad como la vasca, que quiere reivindicar los más elementales principios éticos como criterios básicos que regulen su convivencia, la solidaridad con los afectados por el terrorismo se erige en una obligación inexcusable e inaplazable que los poderes públicos han de traducir en medidas concretas...*

Llegamos hoy a un momento de la historia en el que podemos afirmar que existe una solidaridad en torno a la víctima del terrorismo organizada mediante importantes asociaciones, fundaciones, una legislación que ampara y garantiza desde la solidaridad sus derechos, una ciudadanía que en general respeta cuanto menos a la víctima, dentro y fuera de nuestras fronteras. Por tener tenemos hasta un nuevo obispo en San Sebastián, que incluso ha participado en una mesa de homenaje a Gregorio Ordóñez, codo con codo con Jaime Mayor Oreja y créanme, esta foto no la tengo yo de Setién.

Ustedes se dirán qué bien, parece una historia con final feliz. Pues no. Siento decepcionarles. Todos estos avances sociales y legislativos solo son el punto de partida, no la meta. Debo decirles que la adhesión a las víctimas del terrorismo debe ser permanente, porque la realidad así nos lo exige, *sin el sentimiento de pertenencia a la comunidad de los amenazados, solo sería un hombre que se*

cruza de brazos y buye de la realidad; así se pronuncia **Jean Améry**, en su especial Más allá del crimen y del castigo, que escribe en 1966.

¿Acaso no les inquieta saber que de los 858 asesinatos de ETA quedan 314 casos sin resolver, de acuerdo con el informe elaborado por la Fiscalía de la Audiencia Nacional?

¿No les inquieta saber que ETA sigue existiendo, no se ha disuelto, y exige, no propone, a través de sus voceros de siempre los mismos objetivos políticos, en el parlamento español, en una ciudad como San Sebastián en la diputación de Guipuzcoa?

¿No les inquieta oír hablar de paz y democracia al portavoz de la izquierda abertzale, Rufino Etxeberría, terrorista encausado y encarcelado hasta en cuatro ocasiones por pertenencia a banda armada y participación en atentado, con una pena pendiente de 12 años por su responsabilidad en la financiación ilegal de ETA, principal impulsor de la llamada ponencia Oldartzen – “embistiendo” que propugnaba la socialización del sufrimiento, la que impulsa el asesinato de jueces, políticos, periodistas, en 1994?

A mí me inquieta y mucho, conocer la realidad y más aun saber si vamos a reaccionar o a permanecer cruzados de brazos.

Ante ustedes se abren dos opciones, perdonar y olvidarlo todo, como hicieron muchos en el siglo XX pero como también muchos defienden hoy, o emprender el camino de la humanidad, de la solidaridad. Les advierto que la primera opción no garantiza en ningún caso mayor diversión. La segunda exige constancia y esfuerzo y muchas veces ser acusado de intransigente y radical. ¿Van a elegir la comodidad? No olviden que fue la que vendió la conciencia de muchos vascos y españoles ante el horror del terrorismo, la misma que hoy venda los ojos de quienes quieren enterrar la responsabilidad de los terroristas y sus cómplices como si aquí no hubiera pasado nada. ¿O van a emprender el camino de la solidaridad?

Yo les pido hoy sobre todo que, decidan lo que decidan, aprendan de nuestros errores. Que se hagan preguntas, que reflexionen, investiguen, desde el sentimiento sincero de solidaridad, con el corazón puesto en una tarea que no tiene fin. No se crucen de brazos, las víctimas del terrorismo etarra son una realidad que debe pesar como el plomo en la conciencia de la historia de España. Son 858 hombres, mujeres, niños. Y sus asesinos son también una realidad. Son el resultado del odio, de la sinrazón, pero también de la falta de solidaridad. Yo les pido que emprendan el camino de la defensa de la memoria, la justicia y la dignidad de las víctimas del terrorismo, que es defender la suya también, la de todos ustedes, la de su comunidad. La que hace fuerte, solidaria y auténtica a nuestra democracia. Y que elijan sin duda el camino de la solidaridad, el que garantiza la justicia y la verdad, esa que les hará además, libres. Muchas gracias.

Émile Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, Quadrige, 2005

Auguste Comte, *Leçons sur la sociologie*, Flammarion, 1995

Fernando Savater, *El valor de elegir*, Ariel 2003

Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, Debolsillo 2010

Jean Améry, *Par-delà le crime et le châtement. Essai pour surmonter l'insurmontable*
Babel, 1995

Hernando Valencia Villa, *Diccionario Espasa Derechos Humanos*, Espasa 2003

Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Acantilado 2010

Florencio Domínguez, Rogelio Alonso y Marcos García Rey, *Vidas Rotas*,
Espasa 2010

Diario ABC Hemeroteca

Diario El País Archivo